

ENTRE LA SONRISA DE LA PIEDRA Y EL COFRADE DE SAN MIGUEL

Por Elisa García Barragán

Escultura en la Catedral de Reims



Cuando la piedra habla, la materia se convierte en espíritu, el hombre y la catedral son una sola carne. Más allá de las edades, la piedra nos llama por nuestro verdadero nombre y podemos oír el eco de su palabra que resuena bajo las bóvedas y repercute de símbolo en símbolo.

Christian Jacq y François Brunier*

Atendiendo a ese lenguaje del mundo medieval, Ramón López Velarde escribió uno de los muy bellos textos que sobre la catedral de Reims existen: "La sonrisa de la piedra". Asombra que este poeta que poco se detuvo ante las manifestaciones plásticas del arte mexicano, hubiera seleccionado una obra francesa del siglo XIII para afincar en ella su atención. Mas la génesis de tal interés lo explica todo.

Una mañana de enero de 1916, Ramón López Velarde se hallaba en la redacción de *Revista de Revistas*, haciendo las últimas correcciones de las pruebas de su primer libro *La sangre devota* que estaba ya imprimiéndose. Roberto Núñez y Domínguez, en un artículo titulado "La sonrisa de la piedra", que apareció en 1936 en la *Revista de Revistas* dedicada a ho-

menajear a Ramón López Velarde y después, en entrevista con Guadalupe Appendini, cuenta que encontrándose él en las oficinas de dicha revista en su habitual tarea de revisar los periódicos de canje con el extranjero, muy importantes en ese momento por el apasionante y trágico actualismo de la gran Guerra Europea, se topó con un ejemplar de *L'Illustration* y añade que al hojearlo:

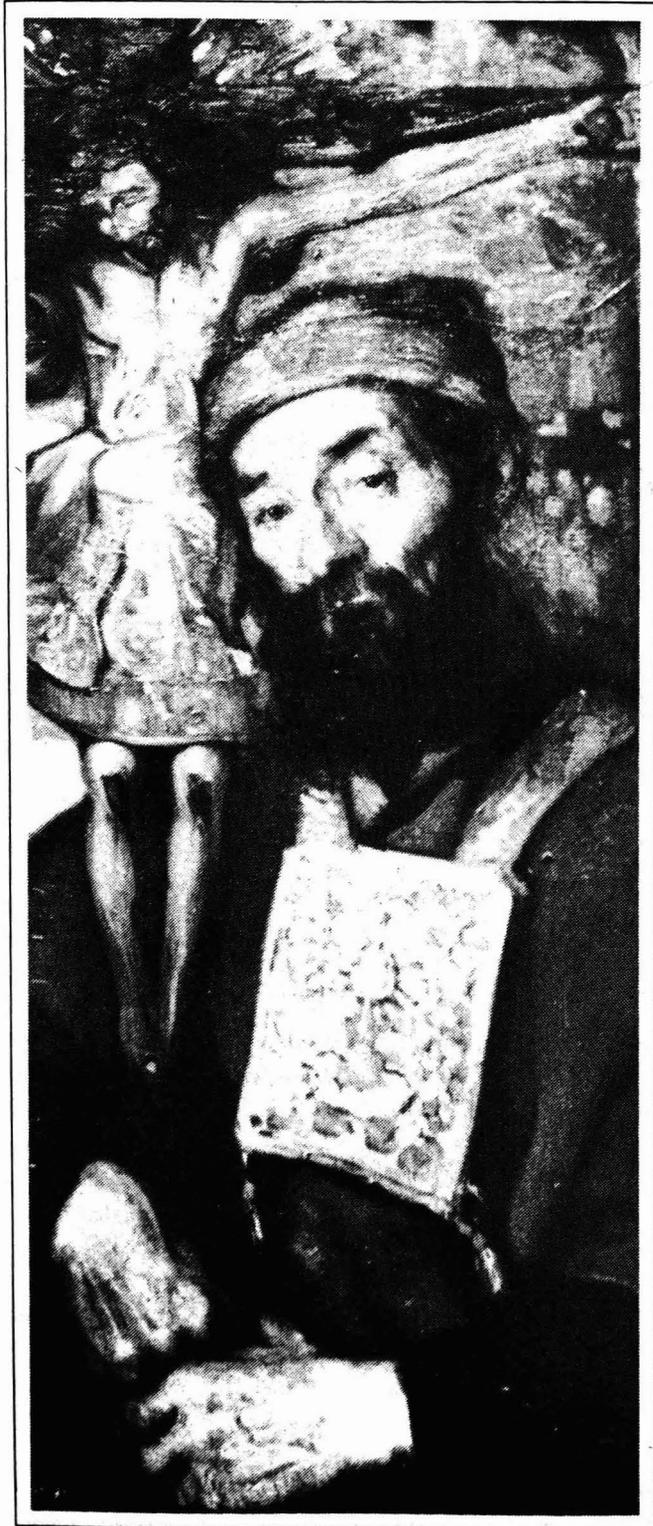
Le llamó la atención en una de sus satinadas planas una colección de fotografías que mostraban los bárbaros estragos hechos por los obuses alemanes en la famosa Catedral de Reims.

Núñez y Domínguez señala que en tales ilustraciones la fachada de esa "joya arquitectónica de Francia aparecía sinies-

* Autores de *El mensaje de las catedrales*.

tramente ametrallada”. Horrorizado ante ese desastre, presuroso acudió a comentarlo con el director de la revista encontrando en su camino a Ramón López Velarde. Al relatarles a sus compañeros tan grave destrucción, Núñez y Domínguez exclamó:

¡Qué lástima que ya Rafael López haya enviado su crónica semanal; si no, éste era un bello tema para él [y volviendo hacia Ramón López Velarde le dijo] Abogado: ¡vea esto y dígame si no merece que escriba usted un hermoso artículo acerca de ello!



El cofrade San Miguel, de Saturnino Herrán

El poeta siempre modesto le replicó: “Bien sabe usted que no es mi fuerte la prosa”, y ante la insistencia del reportero contestó: “No me atrevo, pero argumenta usted en una forma inquisitorial” y procedió a escribir el texto, mismo que al terminarlo en un par de horas, hizo exclamar a sus compañeros de la redacción de *Revista de Revistas* —Nicolás Rangel y el vate Frías: “Mi querido Ramón ésta es una página de antología y merece una liberación de las máximas ya que es tu bautismo como prosista. Vamos a sumergirnos en un *jordan* de Hennessy.”

En efecto, esta excelente crónica bien puede figurar en aquella selección de escritos que referidos al arte gótico, a la escultura especialmente, calan en el espíritu que reunió a los maestros constructores de las catedrales.

“La sonrisa de la piedra”, lírica prosa, publicada póstumamente en *El minuterero*, la inicia López Velarde con una reflexión:

¿Queda un poco del polvo del artista que hizo sonreír a la piedra? Debiera haber sido incorruptible la mano que encendió en la bárbara piedra, siglos atrás, esa indecisión crepuscular de la sonrisa.

Qué bien captó el pensamiento de aquellos maestros que como Juan Le Loup y Gaucher de Reims trabajaron en esa catedral, maestros todos que teniendo en común un mismo lenguaje lo pudieron expresar a sabiendas de que para armonizar sus construcciones, al aparato mecánico debían unir el conocimiento místico y por lo tanto vivir en el recogimiento de los claustros y aprender las lecciones no sólo de teología, sino de la humanidad de sus abades.

Como es bien sabido, el maestro de obras nunca separó el trabajo material del espiritual. Esta devota actitud queda explicada en el libro *El mensaje de las catedrales*, ya mencionando al indicar que:

El hombre que no siente en su carne la verdad de los símbolos no es digno de su consideración... y agregan que para aquellos maestros lo único que tiene importancia es la idea que ha de transmitirse y no de quien la transmite...

Teniendo en cuenta que el arte de la Edad Media es eminentemente simbólico, bien dice Émile Male, que en él “La forma fue casi siempre la envoltura del espíritu. Al espiritualizar la materia, los artistas fueron tan hábiles como los teólogos.”

Y así los artistas pusieron de manifiesto sus bellos pensamientos.

Regresando al texto del jerezano, el poeta, después de lamentar tan temible devastación, se detiene más que nada ante una escultura, un ángel. López Velarde, que en su prosa “El señor Rector” indicaba que tan sólo había estudiado “mínimos” en el seminario de Zacatecas, se manifiesta en este escrito como un hombre docto en el emotivo fervor del siglo XIII, al recordar el conocimiento de esos años que estaba en

los grandes libros que Vicente Beauvais llamó *Espejos*. Espejo de la Naturaleza, Espejo de la Ciencia, Espejo de la Moral y Espejo de la Historia, y donde este místico "encerró todo el saber de ese tiempo". López Velarde decide hacer a un lado el Espejo de la Historia, aunque mejor sería decir soslaya la historia profana como el "Bautismo de Clodoveo" que ornamenta una de las fachadas y se interna dentro del ámbito del Espejo Moral en los ángeles, aquellas criaturas dadoras de paz y conductoras desde la agitada vida terrenal a un posible reposo anticipado y finalmente a la tranquilidad total en el seno de Dios.

La tarea de analizar, de profundizar en una obra de arte tan pretérita no era sencilla y así lo manifiesta el poeta:

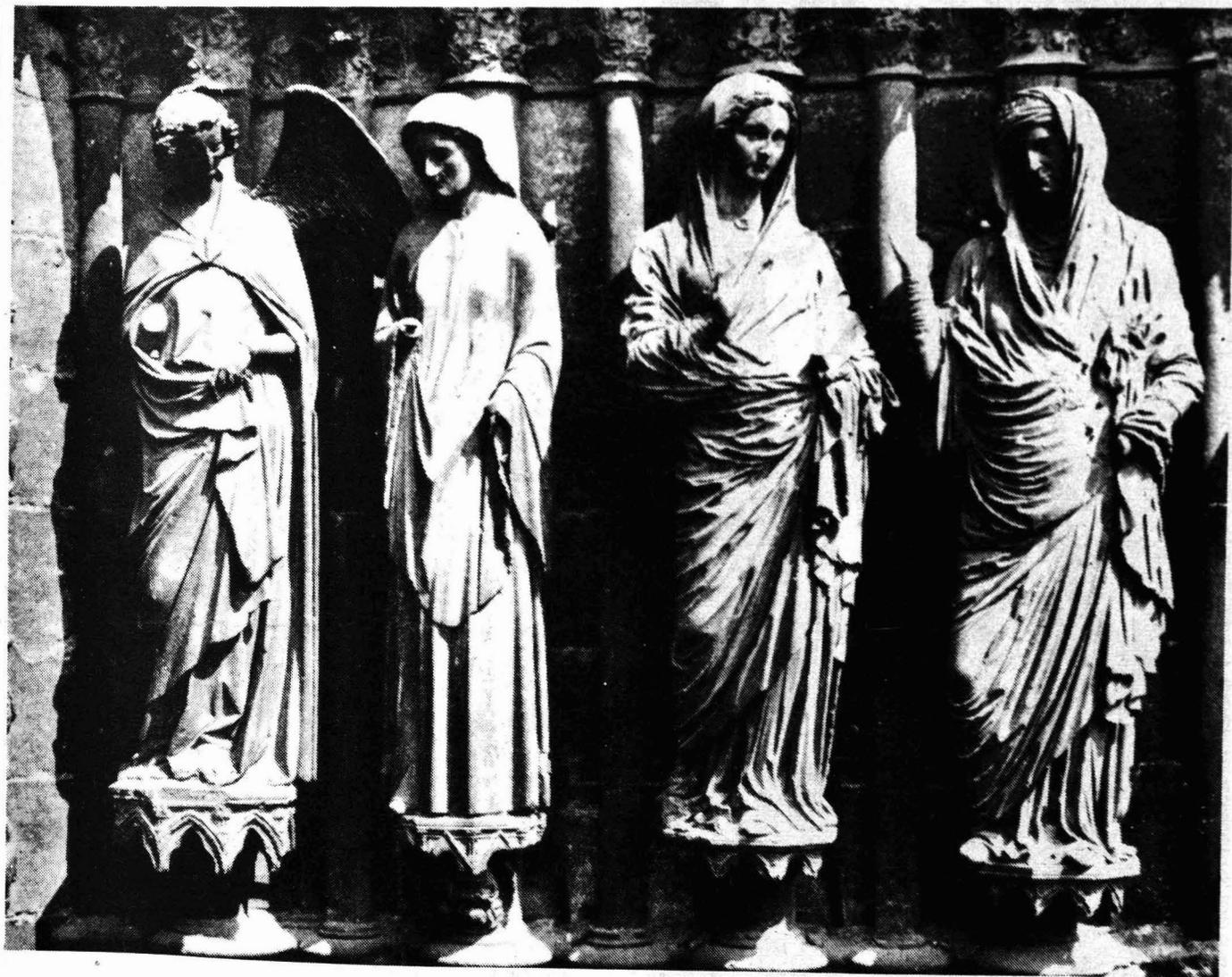
No sé si hay algo más difícil que iluminar una estatua con el gesto supremo de la inteligencia en que amanece la sabiduría o se pone la esperanza, como un astro iluso. Quizá sólo esto es más difícil: turbar a una mujer cuya frente inhumana jamás se contrae.

No obstante lo delicado de tal tarea, la sensibilidad de Ramón López Velarde y tal vez al recuerdo de las lecturas de Verhaeren, uno de los cantores de Reims, el zacatecano hace

hablar a la piedra, dando así lugar a la cristalización del sueño de quienes tallaron esas canteras en el medievo:

Ahí estará en pie el buen ángel [dice el poeta]... mutilado por una cultura que se escribe con K... El tablero de fecundidad y de armonía de la Champagne no mirará difundirse por sus planteles la beata sonrisa de la torre... Y la escultura sin brazos y sin cabeza, en un lenguaje imposible irá diciendo... Yo vivía la vida eminente del templo... Mi rostro alagüeño y abstraído, era una vacilación constante entre la gravedad del firmamento y la inquietud efímera de abajo... Paciente y leal me he mantenido en la paz... Mis labios habrán hecho pensar en un beso a la comarca, si no careciesen de fisonomía sexual... Mis labios lo mismo pertenecen a un paladín de las milicias celestes que a una virgen transida por la flecha del martirio. Por eso mi cara fue siempre grata por igual a los mancebos y a las doncellas.

Qué bien supo leer Ramón López Velarde (con justeza en ese arte idealista por excelencia, la asexualidad de las figuras, de esa figura en particular) el lenguaje que animaba a esos rostros ejemplos de fuerza, caridad, justicia y templan-



Esculturas en la Catedral de Reims



za, que respondían al deseo ulterior de sus creadores de hacer transparente las almas de sus representaciones.

Así lo entiende el vate y además de manifestar su deseo de la pronta restauración de la imagen, insiste:

¡Oh cabeza sin sexo, en que las ondas de pelo enmarcan, la frente como con espuma! Danos, buen ángel, la limpia maestría del artista que supo esculpir en tu carne hasta lo más enorme, como el pensamiento, y sugerir hasta lo más leve, como las pestañas... Depura nuestras almas y enseñanos a fijar en la piedra de la adversidad la sonrisa heroica.

Tales dádivas significaban para el jerezano la siempre anhelada paz y se entiende que ese atributo de espiritualidad, lejos del remordimiento que el sexo puede causar, le pareciera el don máspreciado. Por eso es dable entender que a él le fueran más accesibles el sereno arte de la Edad Media y el del Renacimiento, y que manifestara su desazón ante aquella más reciente iconografía del barroco plena de patetismo, principalmente en sus aspectos pasionarios cristianos y en sus cristos sangrantes.

Aquel desasosiego y su desafecto a estos Cristos los expone en otro poético ensayo, "El cofrade de San Miguel", cuadro de Saturnino Herrán que nunca le gustó, y al respecto relata:

Recuerdo que al mostrarme Herrán este cuadro le dije mi resistencia a los crucifijos del populacho... Yo no puedo con estos Cristos, Hazmerrier y Trasgo, que se coordinan, en ultramar, con la pifia mesiánica refugiada bajo las faldillas de Guillermina. Reverente y reverencial, adoro a un Cristo sin guardarropa, cuyo cuerpo bendecido irradia de una dignidad limpia y traslúcida, como la de un nardo que hubiese padecido por la salvación de las rosas. Desde muy pequeño, la derecha pulcritud de mi voluntad amortiguó y desvaneció las injurias que el Evangelio relata, de manera que el amadísimo y amantísimo cadáver me iluminase como un joyel, sin más sangre que la rúbrica de la lanzada.

López Velarde no se interesa ahora en las calidades pictóricas, ni en el talento de Saturnino Herrán; su mirada introspectiva se inscribe en el análisis anímico de la pintura. Para él son superfluos la línea y el colorido, la perspectiva y composición; más que con la obra plástica comulga con la imaginación creadora.

Si la piedra medieval le habla, mejor; si la piedra le platica y con ella ambiciona hermanarse en la serenidad, la pintura de Saturnino Herrán le llama a la contención y al arrepentimiento.

Él que como postmodernista tantas veces se volcó en regodeos escatológicos, ante ese Cristo Sangriento y desapacible no puede, el cuadro ahonda en su desgarradura emocional y le resulta el legítimo llamado de su conciencia misma que siempre domicilió pecado y expurgaciones. Quizá una mística moderna. ♦